

que por sólo este bien gozar divino,  
la de Sixto, Calixto, Pío, Urbano<sup>6</sup>,  
tras largo llanto á derramarse vino.

No fué nuestra intención que del cristiano  
pueblo parte á la izquierda se pusiera,  
parte á la diestra del Pastor romano:

ni que las llaves que el Señor me diera  
se convirtieran en pendón maligno  
que contra bautizados combatiera:

ni que de sello yo sirviera y signo  
á privilegios sórdidos, mendaces,  
de que, abrasado de rubor, me indigno.

En paños de pastor, lobos rapaces  
se ven de aquí por cuantos son los prados:  
¿por qué, Dios defensor, en calma yaces?

Ya están Cahorso y Guasco<sup>7</sup> preparados  
á beber nuestra sangre. ¡Oh buen principio,  
á qué fines vendrás tan desgraciados!

Mas el sumo poder que con Eccipio<sup>8</sup>  
llevaba á Roma salvador consuelo,  
dará amparo del orbe al municipio.

Y tú, hijo, que aun debes ir al suelo  
por tu carga mortal, abre la boca,  
y lo que yo no oculto, di sin duelo.—

Cual de helado vapor lluvia no poca  
lanza el aire á vellones, cuando el cuerno  
de la celeste cabra al sol ya toca<sup>9</sup>,

así al éter vi ornarse en lo superno,  
y hacia arriba nevar de los triunfantes  
que estuvieron con nos del coro eterno<sup>10</sup>.

Mi vista los vapores deslumbrantes  
seguía hasta que el trecho, por sobrado,  
me impedía seguirlos tan distantes.

Conque me dijo, al verme ya cansado  
mi dueño de mirar á la alta cima:  
—Baja el rostro<sup>11</sup>, y la vuelta ve que has dado.—

Desde el punto en que alcé mi atención prima,  
vi que corrido había el arco entero  
que hace del medio al fin el primer clima;

así que allá de Gades vía el fiero  
paso de Ulises, y de acá el ejido<sup>12</sup>  
en que Europa fué á Jove un haz ligero.

Y por mí descubierta hubiera sido  
de aire más campo: pero el sol ya había  
bajo mis pies<sup>13</sup> un signo y más corrido.

La siempre enamorada mente mía  
que en mi dueño se goza, en la presura  
de volverla á mirar cual nunca ardía.

Y el pábulo que el arte ó la natura  
dan á la vista, por rendir la mente,  
en imagen de carne ó de pintura,

nada fueran unidos juntamente  
con el placer divino que fulgióme  
cuando á su rostro me volví riente.

Y la virtud que con su vista dióme,  
del nido me arrancó de Leda hermosa<sup>14</sup>,  
y al cielo velocísimo<sup>15</sup> lanzóme.

Las partes de esa esfera alta y lumbrosa  
tan uniformes son, que mal podría  
decir en cuál Beatriz conmigo posa.

Mas ella, que mi anhelo ardiente vía,  
riendo empieza alegre, y tan vivace,  
que gozarse en su faz Dios parecía.

—De estos globos la ley, que inmóvil hace  
el centro, y al redor da movimiento,  
como desde su fuente, de aquí nace<sup>16</sup>.

Y no tiene este cielo más fomento  
que la alta Mente, en que el amor se enciende  
que á él le mueve, y él vierte á globos ciento.

De luz y amor un cerco le comprende,  
y él cerca á los demás, y ese prescinto,  
aquel que lo ciñó sólo lo entiende.

No de otro nace su mover distinto;  
y él mide á los demás, como es un sesto,  
por su mitad medido, y por su quinto.

Y cómo sus raíces á tal tiesto<sup>17</sup>  
el tiempo da y á los demás las frondas,  
puede serte desde ora manifiesto.

¡Oh vil codicia, que tan bajo ahondas  
al mortal, que los ojos no acontece  
que pueda levantar sobre tus ondas!

El querer en los hombres bien florece;  
mas la lluvia continua, el fruto bello  
en el árbol marchita y enmohece.

La inocencia, la fe dan su destello  
sólo en los niños: luego cada una  
se va, cuando á su rostro asoma el vello.

Ves quien infante balbuciendo ayuna<sup>18</sup>,  
y, suelto el paladar, luego devora  
de cualquiera manjar, en cualquiera luna,

y quien, niño también, escucha, adora  
á su madre; y adulto, la moteja,  
y con formado hablar la deshonora;

así la albura de la piel se aleja  
y se muda en negror, de la hija hermosa  
del que la aurora trae, la noche deja<sup>19</sup>.

Tú, porque no te sea extraña cosa,  
sabe que ya en la tierra no hay gobierno,  
y así la humana grey va licenciada.

Mas antes que no sea enero invierno,  
por la céntima abajo despreciada<sup>20</sup>,  
influjo tal se agitará superno,

que la fortuna abajo tanto ansiada  
pondrá do son las popas, los sectores;  
y así derecha correrá la armada,  
y almo fruto vendrá tras de las flores.

## CANTO XXVIII

El Poeta ve un punto brillantísimo y nueve cercos en torno de él, de los cuales los más inmediatos son los más lucientes y más rápidos en su movimiento. Ese punto es la divina Esencia, y los otros los órdenes angélicos. Beatriz explica al Poeta cómo concuerda el sistema de los cielos con el orden de esos cercos; si bien en éstos la rapidez y la luz crecen conforme es mayor su proximidad al centro, y en aquéllos en razón inversa.

Después que la verdad dejome incisa  
de la triste mortal vida presente  
aquella que mi alma emparaísa;

como aquel que en espejo ve luciente  
antorcha que se enciende á su reverso,  
y no se hacen bien cargo vista y mente;

y se vuelve, por ver si el vidrio terso  
le dice la verdad, y que concuerda  
ve con él, como el canto con el verso;

que yo así procedí bien se recuerda  
mi memoria, los ojos contemplando  
de que hizo amor á mi prisión la cuerda

y cuando al yo volverme vi tocando  
en los míos lo que ese cielo empara  
cuando se está su giro bien notando,

vi un punto que irradiaba luz tan clara,  
que la anublada vista, que él sofoca,  
me hizo cerrar con su fulgencia rara.

La estrella que de acá se ve más poca,  
luna fuera en verdad puesta á su lado,  
cual cabe estrella, estrella se coloca.

Tan cerca acaso cual se ve alumbrado  
del astro á quien circunda un meteoro  
cuando está su vapor más condensado,

yo un ígneo cerco en rededor exploró<sup>1</sup>  
girando tan veloz, que hubiera extinto  
á la más rauda de las ruedas de oro.

Y ese tiene otro cerco circuncinto,  
y éste un tercero, y el tercero un cuarto,  
y éste un quinto también, y un sexto el quinto,

y un sétimo seguía, en el reparto  
ya de ancho tal, que á la secuaz de Juno<sup>2</sup>  
á encerrarla cumplida fuera aún hartó.

Y así el octavo y nono, y cada uno  
más lento se movía, según era  
su número distante más del uno<sup>3</sup>

Y con fulgor más vivo reverbera  
el más cercano de la chispa pura,  
pues más absorbe de su luz primera.

La dueña mía en afanosa cura  
viéndome incierto, dijo:—De aquel punto  
pende el cielo y entera la natura.

Mira el cerco que más le está conjunto;  
y sabe que el girar suyo es tan presto,  
por el fogoso amor que le da asunto.—

Y yo á ella:—Si el mundo así dispuesto  
fuera como esos rápidos volantes,  
hallara lo que dices manifiesto.

Mas del cielo en los globos circulantes  
la acción divina del girar se aumenta  
cuanto ellos son del centro más distantes.

Para que quede, pues, mi alma contenta  
en este santo y admirable templo  
que sólo amor y luz por raya cuenta<sup>4</sup>,

aun me es preciso oír cómo el ejemplo  
y el ejemplar<sup>5</sup> no marchan de una suerte;  
que yo sólo por mí no lo contemplo.—

—Que no basten tus dedos á solverte  
ese nudo, no es mucho se te antoje:  
por no intentarlo ya, se ha hecho tan fuerte.—

Díjome esto Beatriz, y luego:—Coge  
lo que yo te diré, si ansias llenarte;  
y tu agudeza y su atención descoge.

Son los corpóreos globos de tal arte  
grandes ó breves, según más ó menos  
es la virtud que en ellos se reparte.

Mayor salud esparcen los más buenos;  
y más salud en mayor cuerpo cabe,  
si de igual perfección se encuentran llenos.

Éste, pues, en que estás, que imán y clave  
es del alto universo<sup>6</sup>, corresponde  
al cerco que más ama y que más sabe.

Con que si tú por la virtud que esconde<sup>7</sup>  
cada sér mides, no por la apariencia  
substancial que parece se enredonde,

admirable verás correspondencia,  
de más á más y de menor á menos,  
de cada sol con su alta inteligencia.—

Como los cielos límpidos, serenos  
se quedan cuando Bóreas fuerte azota  
el éter vasto con sus soplos llenos<sup>8</sup>,

porque la bruma que antes los enibota  
se disuelve, y la esfera ríe bella  
con tanta alhaja que en su manto flota;

yo así me vide cuando obtuve de ella  
razones que lo cierto me pusieron  
tan claro allí como en el cielo estrella.

Y no bien sus palabras concluyeron,  
cuando como batido hierro en brasa,  
con chispas mil los cercos refulgieron;

y cada chispa á ciento y á mil pasa,  
y á número mayor que el que doblado  
se cuenta en ajedrez de casa en casa<sup>9</sup>.

Y, *Hosanna* por los coros fué lanzado  
al Punto que en el *ubi* los confines  
les puso en quehan deestar y en quehan estado.

Y aquella que entre ideas mira afines  
dudar mi mente, dijo:—En los primeros  
cercos Querubes viste, y Serafines:

su atracción siguen ellos tan certeros,  
por semejarse al punto; y lo recaban  
á proporción que á ver suben ligeros<sup>10</sup>.

Los amores que en torno á esos alaban,  
se llaman Tronos del divino aspecto  
á causa de que el primo terno acaban<sup>11</sup>;

y todos gozan (sábelo) de afecto,  
según entra su vista más profunda  
en la verdad que aquieta el intelecto<sup>12</sup>.

De aquí se prueba bien cómo se funda  
en el acto de ver ser bienhadado,  
no en el de amar, que luego le secunda<sup>13</sup>;

y ese ver lo procura lo ganado  
por bien querer y gracia peregrina;  
y se adelanta así de grado en grado.

El otro terno<sup>14</sup>, que también germina  
en esta primavera sempiterna  
donde el Aries nocturno no extermina<sup>15</sup>,

con gorjeos de *Hosanna* desinvierna<sup>1</sup>  
en melodías tres, y en triple fuego  
de alegrías inunda el aura eterna.

Las tres *Deas*<sup>17</sup> componen ese juego,  
que son Dominaciones, y tras éstas,  
virtudes son, y Potestades luego.

Luego en las dos penúltimas orquestas,  
Principados y Arcángeles respiran;  
y en la extrema son de Ángeles las fiestas.

Estos coros á lo alto todos miran;  
y abajo influyen, y hacia el Punto incluso  
todos tirar se sienten, todos tiran.

Y Dionisio tan hondo se propuso  
meditar en este orden angelorio,  
que nombre y clases como yo les puso.

De aquél después se separó Gregorio<sup>18</sup>;  
que luego de sí propio se ha reído,  
los ojos al abrir en este emporio.

Y si verdad tan honda ha declarado  
algún hombre en el mundo, no me admiro;  
que quien acá lo vió se lo ha pintado<sup>19</sup>,  
con más verdades del celeste giro.—

## CANTO XXIX

Beatriz esclarece varias dudas concebidas por el Poeta sobre la creación de los ángeles. Reprinde luego la ignorancia de algunos teólogos de aquel tiempo, y se extiende hablando contra los predicadores que se apartan del Evangelio, y en particular condena á ciertos frailes impostores de su época, que esparcían fábulas ridículas y vendían mentidas indulgencias, con grave ofensa de la Religión verdadera.

Cuando entrambos los hijos de Latona  
uno de Aries cubierto, otro de Libra,  
de un horizonte mismo se hacen zona,

el tiempo que el cenit los equilibra,  
hasta que cada cual de esa cintura,  
cambiando de hemisferio, se delibra;

ese<sup>1</sup>, bañado el rostro en risa pura,  
Beatriz callada estuvo, contemplando  
fija en el punto que no ver me apura.

Luego empezó:—Yo digo, y no demando  
lo que anhelas oír, porque lo he visto  
do se marca todo *ubi* y todo *quando*.—

No porque haga en su pro ningún aquisto,  
que eso no es dable; sí, porque esplendiendo,  
pudiera su esplendor decir *subsisto*,

Él, en su eternidad, tiempo no habiendo,  
fuera de valuación, cual le pluguiera,  
su eterno Amor en nueve fué vertiendo.

Ni como cuasi inerte de antes era;  
porque no tuvo ni *después* ni *antes*  
de Dios sobre estas aguas la carrera<sup>2</sup>.

Forma y materia, á un tiempo relevantes,  
procedieron de acción que no fallece,  
como de arco tricolorde tres volantes;

y como rayo en vaso resplandece,  
ó en ámbar ó en cristal, que entre el mostrarse  
y estar ya entero intervalo no ofrece;

así en todo su sér llegó á irradiarse  
el triple efecto de su autor nacido,  
sin proceder por grados al formarse.

Con las substancias orden construído  
fué, y ellas fueron, como excelsa abside  
del mundo, en que *acto puro*<sup>3</sup> sólo ha habido.

Pura potencia en lo inferior reside<sup>4</sup>:  
potencia y acto, en medio<sup>5</sup>, en tan estrecho  
lazo se unen, que nunca se divide.

Jerónimo escribió que largo trecho  
los ángeles de siglos existían  
antes que el otro mundo fuera hecho;

mas ya en cien partes la verdad habían  
dicho las plumas del Espirtu Santo<sup>6</sup>,  
y la verán tus ojos, si confían.

Y aun la simple razón la alcanza un tanto,  
que no puede entender que los motores  
pasar sin perfección pudieran tanto<sup>7</sup>.

Sabe, pues, *dónde*<sup>8</sup> y *cuándo* estos amores  
se crearon, y *cómo* así apagando  
tus deseos ya vas de tres ardores.

Ni tú á los veinte llegarás contando  
tan pronto como de ángeles gran parte  
cayó, vuestro elemento perturbando.

Otra quedóse; y principió de ese arte  
que discerniendo estoy; y con tal gusto,  
que de así circular no se departe.

Ocasión del caer fué el odio injusto  
del que viste en los ámbitos infestos  
con todo el peso de la tierra onusto.

Los que miras aquí fueron modestos,  
reconociéndose obra del Clemente,  
que á saber tanto los creó dispuestos.

Por eso el ver les exaltó eminente,  
con gracia que ilumina y propio acierto;  
y voluntad les dió plena y potente.

Y quiero tengas por sin duda y cierto  
que recibir la gracia es meritorio,  
conforme amor la ofrece el paso abierto.

Ora no poco de este Consistorio  
(si bien oído tu atención me hubiere)  
puedes ya comprender sin adjutorio,

Mas, como en vuestro mundo se profiere  
en aulas, que la angélica natura  
es tal, que entiende, y se recuerda, y quiere,

aun más diré, para que veas pura  
la verdad que allá abajo confundieron,  
por vestirla de equívoca lectura.

Desde que estas substancias ledas vieron  
de Dios la cara, separar ya el riso  
del que todo lo alcanza no pudieron.

Por eso su mirar no es interciso  
de nuevo objeto, y nada los empeña  
á pensamiento rememrar diviso.

Así que abajo sin dormir se sueña,  
decir verdad, creyendo y no creyendo;  
aunque en creer la culpa es más pequeña.

Y no el mismo camino vais siguiendo  
allá al filosofar: tanto os excita  
propia y vana opinión que os va trayendo<sup>10</sup>.

Y aun eso menos nuestro enojo irrita  
acá en el cielo, que cuando es pospuesta  
la divina Escritura, ó mal se cita.

Ni allá piensan que un mar de sangre cuesta  
sembrarla por el mundo, y más batalla  
quien humilde la sigue y manifiesta.

Alguno por lucir se ingenia, y halla  
cien invenciones, y las cunde ardiente  
predicador, y el Evangelio calla.

Uno dice que atrás volvió la frente  
en la Pasión la luna, y encaróse  
al sol, y su fulgor faltó al viviente.

Otro que fué la luz la que escondióse  
de sí y por eso al español y al indo  
de Judea el eclipse propagóse.

No tiene tanto Lapo ó tanto Bindo<sup>11</sup>  
Florenca cuanto fábulas por año  
se pregona doquier á grito lindo.

Así que las simplucas del rebaño,  
pacidas al tornar vienen de viento;  
y no excusa su error no ver el daño.

No dijo Cristo á su primer convento<sup>12</sup>:  
*Andad y predicad al mundo chanzas*;  
que les dió la verdad por fundamento.

Ella inspiró sus altas enseñanzas;  
y en la lid por la fe, de la Escritura  
sus escudos hicieron y sus lanzas.

Ora el predicador, broma, impostura  
y chistes usa; y como bien se ría,  
el capuchón<sup>13</sup> se llena, y más no cura.

Mas en sus pliegues pájaro<sup>14</sup> se enlía,  
que si el vulgo lo viese, comprendiera  
en cuáles indulgencias se confía.

Por eso la estulticia de manera  
crece en la tierra, que á cerrado puño  
se cree, sin prueba, en promisión cualquiera.

Lo cual de Antonio engorda el vil pezuño<sup>15</sup>;  
y de *peor que cerdos* la cohorte,  
así paga en moneda de mal cuño.

Mas ya asaz apartéme de mi norte;  
y es bien se vuelva á la directa raya,  
y al par del tiempo, el tránsito se acorte.

Crece aquella natura<sup>16</sup> de tal laya  
en número, que nunca hubo locuela  
ni humana idea que tan lejos vaya.

Y si bien ves lo que Daniel revela,  
verás que en sus millares que enaltece  
determinado número se cela.

La primer luz que todo lo esclarece<sup>17</sup>  
por ella en tantos modos se recibe,  
cuanta la muchedumbre á que aparece.

Con que si sigue al acto que concibe,  
amor; bien es que amor con su dulzura  
variando en ella, entibiése ó avive.

Ora, pues, la altitud mira y la anchura  
de la eterna virtud, que en tal manera,  
en tanto y tanto espejo se fractura,  
y queda en sí total, cual antes era.—



## CANTO XXX

Obscurécese á los ojos de DANTE la angélica fiesta en rededor del Punto. Vuélvese á Beatriz, cuya belleza ve tan acrecida, que sólo Dios puede comprenderla. DANTE se halla ya en el Empíreo: un relámpago le prepara la vista á ver los tesoros de Dios. Ve un río de luz entre dos orillas que adorna primavera. Salen de él chispas que se posan sobre las flores: se vuelven piedras preciosas, y otra vez saltan al cauce. El Poeta las mira, y de ellas sacan sus ojos fuerzas para ver que el río se ha hecho circular, y que de allí nace una escalinata de gradas en redondo, á modo de una rosa, en donde se sientan los Bienaventurados: en medio de ellos hay un trono preparado para el emperador Enrique.

En sitio á seis mil millas de lejano<sup>1</sup>,  
nos arde la hora sexta, y este mundo  
casi inclina la sombra al lecho plano,

cuando el centro del cielo tan profundo  
se nos empieza á hacer, que alguna estrella  
pierde en su fondo su lucir jocundo;

y según la clarísima doncella  
del sol<sup>2</sup> avanza, cada vista suya  
el cielo cierra hasta la que es más bella:

no de otro modo el triunfo que aleluya,  
siempre en torno del Punto que cegóme,  
y que incluso parece en lo que incluya,

poco á poco las luces extinguióme;  
y así á ponerlas en mi guía amada,  
tanto el no ver, cuanto el amor, llevóme.

Si cuanta loa de ella fué narrada  
hasta aquí toda en una se incluyera,  
con la que ora es preciso, fuera nada.

No la beldad que vi solo supera  
nuestro alcance, mas vivo persuadido  
de que sólo su autor la goza entera.

Dóime ya en este paso por vencido,  
más que en punto ninguno de su tema  
vate cómico ó trágico lo ha sido.

Que como el sol achica ojo que trema<sup>3</sup>,  
así el recuerdo en mí del rostro santo,  
mi mente encoge hasta su acción extrema:

desde el día primero en que Dios quiso  
que la viera en el mundo, hasta esta vista,  
de ella mi canto fué siempre indiviso<sup>4</sup>;

mas ora es bien que de seguir desista  
mas allá su belleza, poetizando,  
cual tras último esfuerzo hace el artista.

Ella, por quien mayor trompa demando  
que la mía, que la alta pesadumbre  
del arduo asunto floja va acabando,

en acto y voz, que el mando há por costumbre  
recomenzó:—Pasamos ya sin pena  
del mayor cielo<sup>5</sup> al que es de pura lumbre.

Lumbre del intelecto, de amor llena,  
de amor del bien seguro, de leticia  
que á la leticia excede más amena.

Aquí del Paraíso la milicia  
una y otra verás; y una, en la forma  
que en el día de la última justicia<sup>6</sup>.—

Como el lampo veloz que desconforma  
la visiva virtud, tal que no llega  
el ojo á ver los bultos de más horma,

así luz viva mi circuito anega  
y me deja enredado con tal trama  
de su fulgor, que todo me lo ciega.

—Siempre el amor que aqueste cielo inflama  
acoge al que entra, con igual saludo;  
que la vela ha de ser propia á la llama<sup>7</sup>.—

No bien dentro de mí resonar pudo  
este breve decir, cuando acrecido  
en mí, de mi valor sentí el escudo.

Y fuí de vista nueva revestido  
tal, que ninguna luz tan viva fuera,  
que mis ojos no hubieranla sufrido.

Y en forma vi de río<sup>8</sup> una lumbrera  
de fulgores fluyente entre dos ribas  
pintadas de admirable primavera.

Lanzaba el río aquel chispas activas  
por doquiera posándose en las flores,  
como en oro rubí de luces vivas.

Cual embriagadas luego en sus olores,  
hundiéndose en el cauce, alternamente,  
una toma, otra deja sus fulgores.

—El que ora te domina anhelo ardiente  
de entender lo que viendo estás prolijo,  
tanto me es grato, como en ti creciente:

mas que bebas de esta agua te prefijo,  
antes que tus ardores mires sacios:—  
de mis ojos el sol así me dijo.

Y siguió:—Son el río y los topacios<sup>9</sup>  
que entran y salen y el verdor que ríe  
de su sér real sombríferos prefacios.

No que eso de lo cierto se desvíe,  
sino que es culpa de tu vista ahora,  
que no vió nunca lo que aquí la engríe.—

No rapacín tan súbito se azora,  
de cara dando al pecho, si despierta  
pasada mucho de mamar la hora,

como yo, por hacer aún más experta  
mi vista y clara, me incliné á la onda  
que, el alma á mejorar, corre allí abierta.

Y según de mis párpados la fronda<sup>10</sup>  
mojaba en ella, así me parecía  
que de larga, tornábase en redonda<sup>11</sup>.

Luego, cual quien de máscara vestía,  
que otro parece cuando son depuestas  
la ropa y antifaz que le cubría,

así se me cambiaron en más fiestas  
las flores y las chispas; con que *vide*  
las dos cortes del cielo manifiestas.

¡Oh grandeza de Dios, por quien yo *vide*<sup>13</sup>  
el alto triunfo en la región verace!  
dame fuerza á decir cómo le *vide*.

Luz hay arriba que visible hace  
el Créador á aquella créatura  
que sólo en ver en él se satisface;

la cual se extiende en circular figura  
tanto, que su caudal circunferencia  
servir pudiera al sol de ancha cintura,

Sólo un rayo compone su apariencia,  
y da del primer Móvil en la cima  
que dél toma la vida y la potencia.

Y cual collado en agua de su sima  
se espeja, cual por verse, cuando adorno  
de verdor y de flores le reanima,

así en más de mil gradas que hacen torno,  
viéndose estaban en la luz hermosa  
los que de nos han hecho allí retorno<sup>13</sup>.

Y si la infima grada luz rebosa  
por tanto espacio, ¡imagínad la anchura  
en las últimas hojas de esta rosa!<sup>14</sup>

No en la amplitud mi vista, ni en la altura  
se extraviaba; que sólo en la medida  
de esa alegría el cuánto y cuál procura.

Allí el cerca ó el lejos no se cuida,  
que donde Dios sin mediador gobierna,  
no la ley natural tiene cabida.

Á lo amarillo de la rosa eterna<sup>15</sup>  
que se extiende, escalona, y de homenajes  
exhala olor al sol que nunca invierna,

como el que quiere hablar y siente ambages,  
Beatriz me atrajo, y dijo:—Mira, otea  
cuánto es el coro de los blancos trajes<sup>16</sup>.

Ve qué extensión nuestra ciudad rodea:  
ve nuestras gradas que tan llenas tienes,  
que poca gente en ellas se desea.

Esa gran sede en que el mirar detienes  
por la corona que ya encima hay puesta,  
antes que en estas bodas beato cenes,

á el alma, abajo augusta, aguarda presta  
del alto Enrique, que á ordenar la traza  
vendrá de Italia al caso aun nó dispuesta<sup>17</sup>.

La codicia que fiera os ataraza,  
os hace iguales al rapaz malino  
que, muerto de hambre, á la nutriz rechaza.

Prefecto será entonces<sup>18</sup> del divino  
tribunal quien en público y privado  
no marchará con él por un camino.

Mas poco será luego tolerado  
por Dios en él; que ha de caer al fondo  
que por sí Simón Mago se ha ganado<sup>19</sup>,  
y al de Alaña le hará bajar más hondo.—

## CANTO XXXI

Vuélvese el Poeta á pedir á Beatriz que le resuelva algunas dudas que tiene acerca del Paraíso, y ve que ha desaparecido, y que en su lugar tiene á su lado á san Bernardo, que le señala á su dueña colocada ya en el escaño que á sus méritos corresponde. DANTE, lleno de reconocimiento, tiende á ella sus brazos suplicantes, y la ruega que conserve siempre en él aquella gracia. Después el Santo le enseña el Paraíso parte por parte, y le señala á la más hermosa de las criaturas: á María, Madre de Dios.

En forma, pues, de blanca rosa he visto allí mostrarse la milicia santa que hizo su Esposa con su sangre Cristo.

Mas la otra que volando mira y canta<sup>1</sup> el esplendor de aquel que la enamora y la bondad que tanto la levanta,

como enjambre de abejas que se enflora una vez, y otra vez torna zumbante allá do su trabajo se ensabora<sup>2</sup>,

á la gran flor lanzábase abundante de tantas hojas, remontando luego á do siempre su amor pone constante.

Sus rostros todos son de vivo fuego: las alas de oro, y lo demás más blanco que el ancho copo de nivoso riego.

Quando iban á la flor, de banco en banco la paz y ardor divino les llevaban que traían de Dios, batiendo el flanco.

Ni porque entre la flor se interpolaban y el Punto, en tanta multitud volante, el fulgor y la vista me velaban.

Porque la luz divina es penetrante para el orbe, según que se hace digno; que entonce á lo impedir nada es bastante.

Aquel seguro reino alto y benigno, frecuentado de antigua y nueva gente, vista y amor ponía en sólo un signo<sup>3</sup>.

¡Trina luz que á sus ojos refulgente en sólo un astro los estás placiendo, mira nuestro huracán acá rugientel

Si de la tierra el bárbaro viniendo<sup>4</sup> que un día y otro día Hélice alumbra con el hijo que al lado está luciendo,

de las moles pasmábase que encumbra Roma, cuando el sagrado Laterano<sup>5</sup> de las cosas mortales desalumbra;

yo, que al divino sér desde el humano: yo, del tiempo á lo eterno así venido: yo, de Florencia á pueblo justo y sano,

¿de qué estupor no hallárame cogido? Justo, entre el gozo y él, ¡que un rato vea callar mi lengua, sordecer mi oído!<sup>6</sup>

Como fiel peregrino se recrea  
el templo de su voto contemplando,  
y espera contar luego cómo sea,

así por la vivace luz paseando  
mi vista, la llevaba por las gradas,  
ora arriba, ora abajo, ora rodeando.

Y faces vía, en caridad bañadas,  
reflectas de otra luz<sup>7</sup> y de su riso,  
con todas las virtudes adornadas.

La forma general del Paraíso  
ya abarcaban mis ojos toda extensa,  
mas sin fijarse en término preciso;

y con arsura me volvía inmensa  
por saber de mi dueña algo confuso  
en que mi mente hallábase suspensa,

cuando en lugar de aquélla, otro se puso.  
A Beatriz pensé ver, y á un viejo vide<sup>8</sup>  
en paños de esa beata grey al uso.

En sus ojos y noble faz preside  
alegría benigna, en acto pío,  
como de tierno padre el amor pide.

Y yo:—¿Y ella dó está? (grité con brío).  
Y él:—Por llenar (me dijo) tu deseo,  
me ha sacado Beatriz del puesto mío.

Si arriba miras, al tercer rodeo  
desde lo sumo, la verás cuán bella,  
en la silla á sus méritos trofeo.—

La vista alcé, sin responder, por vella;  
y la vi que ceñíase corona  
de los rayos eternos que destella.

No de el más bajo mar, de do inspecciona  
ojo mortal, cosa ninguna dista  
hasta el allá de la más alta zona,

cuanto distaba de Beatriz mi vista;  
mas ¿qué á mí? si bajaba su semblanza  
sin la cosa más leve entre ambos mista.

—¡Mujer en quien verdea mi esperanza,  
tú que por mi salud no há mucho fuiste  
del Infierno á pisar la horrible estanza,

en cuanto he visto grande, alegre y triste,  
tu poder reconozco: él me lo ha dado,  
y la bondad y gracia que te asiste!

¡Tú desde esclavo á libre me has sacado,  
por cuanta vía y modo se te acude  
de conseguir el término anhelado!

¡Que tu egregio favor siempre me escude,  
porque mi ánima al fin, que has puesto sana,  
á ti grata, del cuerpo se desnude!—

Oré yo así; y aquella que lejana  
tanto se hallaba, sonrió y miróme:  
luego volviósse á la eternal fontana.

Y el Santo anciano dijo:—Porque tome  
rectamente su cabo tu camino  
(á lo que ruego y santo amor envióme),

vuela por ese huerto peregrino  
con la vista; que el verle es ya resguardo  
para subirla hasta el fulgor divino.

Y la Reina del cielo, por quien ardo  
de intenso amor, hará nos toda gracia;  
pues (sábelo) yo soy su fiel Bernardo.—

Como aquel que tal vez de la Croacia  
viene á ver la Verónica faz nuestra<sup>9</sup>,  
por su fama, y de verla no se sacia,

y repite entre sí, mientras se muestra:  
*Jesucristo, Señor y mi Dios vivo,  
¿es verdad que así fuè la cara vuestra?*

Tal yo estaba mirando el fuego activo  
de caridad, de aquél que aun en el mundo  
disfrutó de esta paz contemplativo.

—Hijo de gracia: este vivir jocundo  
(él empezó) no puede ser te noto,  
si así tienes la vista en lo profundo.

Por los cercos la lleva á lo remoto,  
hasta sentada ver la Soberana  
de que este reino es súbdito devoto.—

Yo alcé la vista; y como, á la mañana,  
vence del cielo la oriental frescura  
á lo que el sol, ya puesto, tiñe en grana;

así, cual quien de valle pasa á altura  
con los ojos, vi sitio allá en la cumbre  
vencer el resto en refulgencia pura.

Y como á do se espera por costumbre<sup>10</sup>  
el que extravió Faetonte, más se inflama,  
y se extingue de aquí y allí su lumbre;

tal aquella pacífica oriflama,  
avivándose en medio, se reparte  
por todo igual, perdiéndose la llama.

Y extensa el ala, en esa central parte  
de ángeles jubilosos vide ¡oh cuántos!  
diverso cada cual en brillo y arte.

Allí vide á sus juegos y á sus cantos  
reír una belleza, que leticia  
era, y amor del coro de los Santos<sup>11</sup>.

Y aunque cual tengo en inventar divicia,  
tuviérala en decir, ni entonces osara  
pintar de aquéllas la menor delicia.

Cuando Bernardo en mi mirar repara,  
atento, fijo en su calor fulgente,  
con tal afecto el suyo en ella pára,  
que de aun más remirar me sentí ardiente.

## CANTO XXXII

Sigue mostrando san Bernardo al Poeta la disposición de los bienaventurados en las gradas del Paraíso, y le desvanece una duda, nacida de ver la diferencia de gloria de que gozan las almas de los niños, cuando no pueden merecer ellos más ni menos los unos que los otros.

Gaudioso el contemplante en gracias tantas,  
se arrojó de Doctor la primacía,  
y así empezaron sus palabras santas:

—La llaga que cerró y ungió María  
esa que de sus pies gracia<sup>1</sup> ha tomado,  
fué quien la abriera y la excitara un día.

En el orden que forma el tercio estrado,  
Raquel se sienta por debajo de ella,  
como ver puedes, de Beatriz al lado<sup>2</sup>.

Sara, Judit, Rebeca y luego aquella<sup>3</sup>,  
visaba del cantor que en la congoja  
del fallo, en *Miserere*, se querella.

Por gradas, cada cual, después se aloja,  
cual yo á su vez te las iré diciendo,  
al bajar por la rosa de hoja en hoja.

Y del séptimo grado descendiendo  
y ascendiendo también, van las Hebreas  
la cabellera de la flor partiendo.

Porque según de Cristo en sus ideas  
labró la fe, son éstas cual lindero  
que divide las gradas eliseas<sup>4</sup>.

Allí donde las hojas lo maduro  
completan de la flor, están sentados  
los que creyeron en Jesús futuro:

aquí, do por vacío intercalados  
se ven los semicírculos, reposa  
la grey de los por Cristo ya salvados.

Y cual de allá la sede esplendorosa  
de la Madre de Dios y otros escaños  
debajo forman división gloriosa,

así enfrente el gran Juan<sup>5</sup> cobra los daños  
que sufrió siempre santo en la enriscada,  
y el martirio, y el Orco, por dos años.

Y también después dél ves de bajada  
á Francisco, Benito y Agustino,  
y otros varios detrás, de grada en grada.

Ora ve el alto preveer divino,  
que hace que de la fe la doble cuenta<sup>6</sup>  
goce en este jardín de igual destino.

Y sabe que del punto en que presenta  
divisas por mitad ambas secciones,  
nadie por propio mérito se sienta;

mas por el de otro, en ciertas condiciones;  
que éstas todas son almas desligadas  
sin gozar de elección en sus acciones.

Te lo muestran asaz las delicadas  
faces, cuanto las voces infantiles,  
si son por ti bien vistas y escuchadas.

Ora entre ti callando no caviles<sup>7</sup>;  
que el nudo he de soltarte con presteza,  
que en pensamientos lígate sutiles.

De este alto reino en la interior grandeza,  
lo fortuito ó casual no se cobija  
cual ni el hambre, la sed, ni la tristeza:

que ordenado se encuentra por ley fija  
cuanto mirando estás, tan justamente  
cual corresponde al dedo la sortija.

Y la que vino prematura gente,  
no entre sí, *sine causa* se la crea  
con virtud más ó menos excelente.

El Rey por quien el cielo se recrea  
en tanto amor, en gaudio tan selecto,  
que voluntad ninguna más desea,

las almas todas con su alegre aspecto  
creando, á su placer de gracias dota  
variamente; y te baste aquí el efecto<sup>8</sup>.

Y eso claro y expreso se denota  
en los mellizos de la Biblia aquellos,  
que en el claustro materno la ira azota<sup>9</sup>.

Así la suma luz, de los cabellos  
por el color<sup>10</sup> con que alta los engracia,  
ya más, ya menos, se corona en ellos.

Y sin que sea de su obrar por gracia,  
grado ocupan diverso, diferentes  
sólo de primer vista en la eficacia.

Bastaba en las edades incipientes  
sólo para salvarse la inocencia:  
la fe de los pasados ascendientes.

Luego adulta de aquellos la existencia,  
de los varones al volar, conviene  
por la circuncisión ganar potencia.

Mas cuando el tiempo de la gracia viene,  
sin el bautismo ya cabal de *Cristo*,  
abajo la inocencia se retiene.

Ora observa la faz que más á *Cristo*  
se asemeja: tan sólo su blancura  
puede ya disponerte á ver á *Cristo*.—

Y sobre ella alegría vi tan pura  
llover, llevada en ángeles flotantes,  
creados á volar por tanta altura;

que todo cuanto visto había de antes,  
con el asombro mío era ligero  
de ver rasgos á Dios tan semejantes.

Y el raudo amor que allí bajó el primero,  
cantando *Ave María*, *gracia plena*,  
tendió las alas, y miró al lucero.

Repuso á la divina cantilena  
de todas partes la feliz cohorte,  
y toda faz tornóse más amena.